



L'EUROPE de Max Derruau

Max DERRUAU (1957): *Europa*. Traducción de Francisco Payarols. Barcelona: Labor, 1965. 544 pp.

Es ya célebre ese inicio del libro *Europa* (*L'Europe*, en el original francés de 1957) que remarca con rotundidad, desde la Geografía, la limitación y relativización territorial del espacio europeo: «La pequeña Europa no es sino una península de Asia»¹. Tan sólo cabría matizar sobre el adjetivo y si, además de calificar al continente, alude a la existencia de una «grande Europa», más allá de las divisiones políticas de los años en que se escribió el texto, lo cual, como se verá, es fácil de percibir en el autor. Pero, sobre todo y a pesar de su situación inicial en la obra, o quizás por ello, es tal vez la conclusión geográfica e histórica de todo el tratado de Derruau: Europa es pequeña y dividida aún lo es más.

Si la ciencia geográfica tiene un sentido, éste es, más allá de la mera aunque necesaria descripción, el de contribuir, con otras ramas del conocimiento, como la Historia, por ejemplo, a detectar las tendencias que van marcándose en el devenir humano sobre el planeta. Dollfus habló de «una dialéctica entre la descripción y la explicación»², y es posible que ahí, en esa idea, radique la razón de ser de una disciplina con frecuencia cuestionada e ignorada respectivamente por quienes han hecho de ella su profesión y por los que la utilizan como cantera de temas de estudio que doten de contenidos otras disciplinas más nuevas.

Cuando Max Derruau escribió su tratado de geografía *L'Europe* para Librairie Hachette a finales de los 50, y que la editorial Labor publicaría con el título *Europa* en traducción de Francisco Payarols unos años después, Europa no era, en absoluto, la idea que hoy conocemos, sino sólo su semilla y en la mente de tan sólo unos pocos. Escribir sobre Europa por encargo para una colección de manuales podría parecer poco más que

hacerlo sobre el espacio convencional que las corografías tradicionales denominaban Europa desde hacía siglos. La cuestión es que en esos años el continente atravesaba una transformación importante en la concepción que de sí mismo tenían algunos de sus intelectuales y estadistas, y dicha concepción había de variar notablemente el concepto geográfico, sobre todo desde la perspectiva de la Geografía Humana.

Derruau fundamentó su estudio en el análisis más clásico de los estudios regionales de la geografía francesa, mediante la articulación de las regiones que componen Europa a partir de los elementos del relieve: los Alpes, los Cárpatos, el Danubio... Así, también, el estudio de las penínsulas y las montañas precede al de los Estados concretos que se asientan sobre dichos espacios, haciendo territorio del paisaje natural y hábitat del relieve geológico sobre el que se asientan los hombres. Sólo después de conocer y comprender el paisaje y el territorio, podrá entenderse la estructuración de los Estados. La geografía física condiciona y antecede a la humana, que la modela y transforma en la más pura filosofía del posibilismo vidaliano. Esa visión global y de conjunto de la geografía europea la desarrolla Derruau al no perder de vista el todo en su estudio de las partes. Este equilibrio perfecto entre el cuerpo y los miembros que lo componen está presente en toda la obra. De este modo, y entre otros muchos ejemplos, «la compacta Península Ibérica se introduce cual una cuña en pleno océano, y parece volver la espalda a Europa», adelantándose a lo que Saramago fabularía varias décadas más tarde³; o «es muy difícil definir la unidad de los Países Escandinavos como no sea concretándola a su posición en el norte de Europa» (p. 156).

Por otra parte, se concede una importancia esencial a la influencia del hombre sobre el paisaje. Este hecho que, también en la tradición de la geografía francesa en la que se inscribe el autor, se halla muy presente en la obra

de Derruau, cuyos análisis, como se verá más adelante se desarrollan teniendo siempre a la vista el espejo de la Historia, se recuerda y tiene en cuenta en numerosas páginas de la obra, y en expresiones como, por ejemplo: «de esta industrialización a ultranza ha surgido una nueva geografía regional de Hungría» (p. 395), o «Montesquieu trató de explicar el régimen político por las dimensiones del país. Pero cuando de la URSS se trata, es más acertado explicar la geografía por la política, puesto que regiones enteras deben su desenvolvimiento a la voluntad de los dirigentes del régimen» (p. 421). En este sentido, la Historia del continente aflora en el paisaje y el geógrafo la tiene en cuenta en todo momento⁴, demostrando una vez más que estamos ante una verdadera enciclopedia de la mejor Geografía. Ya resulta más novedoso, sin embargo, el hecho de que se tome postura ante la Historia en una época gris en la que lo político pesaba (o al menos lo pretendía) más que lo científico y, por ese motivo, de ahí la valentía de Derruau que se atreve a sobrevolar lo político y hasta negarlo con lo geográfico. Así, no concede crédito a la división en dos de Alemania, cuyo estudio geográfico sigue siendo único, como intuyendo la posterior e inevitable reunificación, aunque se reconoce que «la división en dos repúblicas de organización política diferente no sólo ha transformado la economía, sino que ha creado diferentes condiciones generales» (p. 313), y aunque las alusiones a la actualidad geopolítica son constantes, como en el caso de Turquía, asiática («sin olvidar, no obstante, que Turquía se halla adherida a la OTAN»⁵), Derruau habla como alguien para quien el espacio dicta sus reglas y condiciona, que no determina, los actos del hombre.

Es, quizás, la apuesta por la historia de una Europa unida que se estaba fraguando entonces, la que hace de *Europa* de Max Derruau un clásico para quien desee rastrear las huellas bibliográficas del europeísmo. Resulta significativo que este geógrafo que, durante 300 páginas, ha estado ateniéndose a criterios de carácter geomorfológico, manifieste cuando estudia el caso de Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo, el corazón de lo que sería posteriormente la Comunidad Europea, lo siguiente:

Como se verá, los tres países tienen numerosos puntos comunes: además de su elevada densidad demográfica, su situación en la Europa Noroccidental, junto a un mar activo, en plena zona central de la CECA, su relieve poco notorio, su gran industrialización, sus esfuerzos por crear —antes de la constitución de la CECA— una unión aduanera, llevada a efecto, por lo demás, entre Bélgica y Luxemburgo, ya en 1922, justifican el que los estudiemos conjuntamente (p. 323).

No conviene perder de vista que Derruau está incluyendo la unión política y económica entre los factores a tener en cuenta a la hora de la corroboración de la entidad regional. Así, el hecho de consagrar un capítulo a la CECA⁶, que había sido puesta en funcionamiento en el ecuador justo del siglo XX, indica la importancia que concede el autor a un aspecto capaz de

transformar la concepción del espacio europeo. Otorga así importancia a una entidad geográfica superpuesta a los países que, por separado, la integran. Pero quizás la mayor vigencia de la obra de Derruau sea la de las dificultades que, ya a finales de los 50, veía el geógrafo francés y que siguen, en pleno siglo XXI, obstaculizando la puesta en práctica de una verdadera unión que vaya más allá de los meros acuerdos concretos. «Veremos, por otra parte —señala con atemporal acierto Derruau— que, según el punto de vista adoptado, hay varias “Europas”: una Europa de los 20, una de los 17, una de los 15, una de los 13 y una de los 6» (p. 338). Esta alusión directa a los diferentes lazos y grados de asociación posibles dentro de Europa no es sino una de las variantes que presenta su propia diversidad. En este sentido, se da una constatación explícita por parte del propio autor de que las diversidades del continente europeo «son extraordinarias» (p. 3). Probablemente por ese motivo el problema esencial de los europeos sea el de armonizar sus diferencias, y en concreto aquellas que en mayor medida influyen en los objetivos comunes que se pretenden alcanzar: «Para la Europa de hoy, el problema esencial estriba en unificar estas diversas economías, reanimar a las más rezagadas, tanto en el interior de cada Estado como de unos países respecto a los demás» (p. 3).

Y sin embargo, pese a las diversidades, no cabe otra Europa que no sea toda Europa: «hay frecuentemente —parece lamentarse el geógrafo hablando del Telón de Acero— la tendencia a llamar Europa sólo la parte situada al oeste de dicho “telón”» (p. 4). Porque aun cuando la geopolítica de la Guerra Fría dictase una bipolaridad difícil de ser ignorada, es precisamente la extrema diversidad europea lo que permite trascender dicha división en un afán de permanecer en mil pedazos si no es posible ser sólo uno.

No toda la Europa Occidental se ha adherido a la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Gran Bretaña, los Países Escandinavos, Suiza, España, sobre todo, se mantienen al margen de ella; prueba de que se simplifica abusivamente los problemas cuando se enfrentan dos bloques en una Europa que sigue siendo, desde todos los puntos de vista, un mundo muy variado (p. 4).

De igual manera, también percibimos la vigencia de esta obra cuando Derruau, con motivo de las fallidas negociaciones entre la inicial Europa de los 6 y Gran Bretaña, pone de relieve algo que, medio siglo después, continúa siendo la piedra angular de la construcción europea y el ancla que aún no han izado sus miembros:

Desde aquel momento vemos enfrentarse dos fórmulas encaminadas a la realización de una unión europea: la coordinación (sin renuncia a la soberanía) y la integración (con abandono de ella por parte de los países signatarios). La Europa de R. Schuman se basaría en la integración o no existiría (pp. 343-344).

Y en éstas estamos; resolviendo problemas que si se veían ya hace cuatro décadas es porque no son baladíes, sino que su solución constituye el eje mismo de la Europa unida. La virtud de Europa es, recordando el aforismo holderliano, su propio lastre. Paul Claval manifestó hace años que «las relaciones internacionales llevan a los Estados a enfrentarse a la vez que colaboran»⁷, y ésta es la perpetua dialéctica en que se halla desde hace medio milenio el microcosmo europeo de las relaciones internacionales y de su propia política.

Mas si la primera frase de la obra era, como decíamos al inicio de estas reflexiones, de carácter geográfico en su estado más puramente físico o geomorfológico, Derruau concluye *L'Europe* con una afirmación que aúna en sí, por un lado, su optimismo de hombre comprometido con el presente de cuya historia forma parte, y, por otro lado, su rigor intelectual como investigador de lo que Pierre George denominaría a principios de los años 60 la geografía activa⁸, esto es, la geografía aplicada a la realidad. Así, la obra concluye recordando que el «problema de las disparidades entre regiones sigue ligado a la puesta en práctica de un equipo regional cuya necesidad se empieza apenas a sentir en la Europa Occidental» (p. 495). Precisamente, y como explicó Kayser en 1964⁹: «Lo que explica la región, en su dinamismo, en su mecanismo vivo, y, en definitiva, en su formación, son sus órganos, su corazón y sus arterias: sus centros, y sus vías de comunicación».

Se trataba de elementos, todos ellos, que ya habían preocupado notablemente a Max Derruau en su estudio unos años antes, consciente de la fuerte regionalización que se estaba dando en el planeta y en medio de la cual Europa debía tomar conciencia y fortalecerse lo antes posible. Es, en esta línea, el optimismo de Derruau el que a pesar de todo, le hace estar seguro de que:

los años próximos asistirán a la experiencia del Mercado Común. ¿Verán entrar en juego «cláusulas de salvaguardia» en provecho de uno de los seis y destinadas, en caso de crisis, a atenuar el efecto de la libre circulación de los productos? ¿Verán ampliarse el dominio de los seis hasta una vasta zona europea de intercambio libre? ¿Qué consecuencias tendrá el Mercado Común sobre la economía de cada uno de los seis? Sea lo que fuere, la cooperación europea se ha reforzado (p. 357).

Hoy el presente nos está permitiendo asistir a la realización de la utopía geográfica percibida y transparentada en la *Europa* de Derruau. En la actualidad, la «Europa de los 25» es algo más que una mera ampliación, pues deja atrás unas barreras ideológicas que han influido, como es sabido, más que las meramente geográficas o territoriales. La Geografía de Europa ha logrado acceder, aunque tarde, a los planes de estudio de nuestras universidades¹⁰ y se percibe con claridad un rápido e intenso avance en la concienciación geográfica de los europeos a pesar de sus diferencias. Derruau presagió ya en la diversidad europea los futuros obstáculos a una verdadera y eficaz unión, a pesar de lo cual su obra constituye un canto a la unión del continente. Los europeos de hoy le deben el reconocimiento de haberlo cantado en una época políticamente sombría y de silencio.

Notas

¹ Max DERRUAU, *Europa*. Barcelona, Labor, 1965, p. 1. A partir de ahora, todas las citas de esta obra se referirán a esta edición. De la aceptación de dicha expresión, perfectamente correcta desde el punto de vista geográfico, por otro lado, dan buena cuenta las palabras del geógrafo Paul Claval cuando ubica a Francia «à l'extrémité occidentale de la péninsule de l'Ancien Monde que constitue l'Europe», *Géographie de la France*. Paris, Presses Universitaires de France, 1996, p. 3.

² Olivier DOLLFUS, *El análisis geográfico*. Barcelona, Oikos-Tau, 1978, p. 7. Esta idea es una constante en la concepción moderna de la disciplina: «La antigua geografía se definía como descripción de la tierra; la nueva geografía es realmente la ciencia de la tierra. No se conforma con describir los fenómenos, quiere explicarlos», Jean BRUNHES, *Geografía humana* (edición abreviada por Mme. M. JEAN-BRUNHES DELAMARRE y Pierre DEFFONTAINES). Barcelona, Juventud, 1955, p. 25.

³ *Europa*, p. 77. La imagen ya había sido utilizada en 1934 por Max Sorre: «une péninsule aux formes massives, véritable continent en réduction, s'avance au-dessus des profondeurs océaniques à la reencontré des plateaux et des chaînes de l'Afrique mineure», Paul VIDAL DE LA BLACHE et Lucien GALLOIS (dirs.), *Géographie Universelle*, tome VII, Maximilien SORRE et Jules SION, *Méditerranée. Péninsules méditerranéennes*. Paris, Armand Colin, 1934. Años después, en 1973, el geógrafo español, Ángel CABO ALONSO, ahondaría en esta idea, acercándose más (o, en realidad prefigurando) a la imaginación preñada de compromiso del Nóbel portugués, al escribir que «la situación de la mayor parte del país es similar a la que tuviera una gran plataforma flotante sobre un lago. Podría mantenerse junto a una u otra orilla, pero no se consideraría parte sustancial de la tierra que desde allí se extendiera. Los ocupantes podrían cortar amarras para alejarla de influencias o relaciones. O, por el contrario, cabría utilizarla como nexo entre las distintas zonas circundantes. La utilización de uno u otra manera dependería de los criterios o posibilidades de los pueblos ribereños o de quienes consiguieran mantenerse sobre la plataforma», Miguel ARTOLA (dir.), *Historia de España Alfaguara*, vol. I, Ángel CABO ALONSO y Marcelo VIGIL, *Condicionamientos geográficos. Edad Antigua*. Madrid, Alianza/Alfaguara, 1975, p. 4.

⁴ De nuevo los ejemplos se suceden por doquier: «Mientras Alemania e Italia, no unificadas hasta 1870, poseen antiguas residencias principescas que rivalizan con Berlín o Roma, París es la única capital francesa», p. 279; «Viena se desarrolló sobre todo después de la derrota turca de 1683, durante la ocupación de la llanura de Panonia por los ejércitos imperiales», p. 246; «el mapa, ya complicado, de los pueblos de la Europa polaca y danubiana, se volverá más complejo aún con la colonización alemana y el avance de los turcos, seguida de la repoblación de los territorios abandonados cuando su retirada», p. 365; las páginas dedicadas a «la formación de la nación rusa», pp. 430 y ss., o, como en el caso de Bélgica y los Países Bajos, donde «la existencia de dos Estados tan pequeños se explica por dos hechos históricos: la lucha de las Provincias Unidas por su independencia, contra la dominación española a fines del siglo XVI, y la revolución belga de 1830 contra el rey de Holanda, que gobernaba al país desde 1815», p. 332.

⁵ *Europa*, p. 152, lo cual nos recuerda, con notable vigencia, que «cuando se habla de "hacer Europa", se piensa, por consiguiente, en una Europa sin los países comunistas, pero que abarque Turquía», *ibidem*, p. 338.

⁶ Cf. Capítulo XV. «Proyectos e instituciones "europeas" en los países "occidentales"». La CECA. Problemas de transporte, *Europa*, pp. 338-357.

⁷ *Espacio y poder*. México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 220.

⁸ Pierre GEORGE, Raymond GUGLIELMO, Bernard KAYSER e Yves LACOSTE, *Geografía activa*. Barcelona, Ariel, 1980.

⁹ *Geografía activa*, op. cit., pp. 330-331.

¹⁰ Aspecto éste que incide en el carácter de precursor de Derruau al tiempo que llama la atención sobre el hecho de que la tardía generalización de estos estudios en los países del continente. En España, se trata de un asunto apenas tratado por los geógrafos españoles y siempre inserto en el contexto de la geografía regional. Aún hoy, y a pesar de todo, la geografía de Europa sigue contextualizándose o necesitándose contextualizar, en el marco general de la geografía regional, como si no tuviera una entidad propia para los europeos, como siempre la tuvo a lo largo del siglo XX el estudio geográfico de su propio país, de manera independiente, a veces demasiado. Confiamos en que en breve se de la vuelta a esta tendencia.